

oficio de apóstoles, y no olvidemos que en la lucha económica, donde el mundo moderno se empeña cada vez más, el derecho de vivir pertenecerá únicamente á los pueblos fuertes. Con quimeras no conseguiremos asegurar el porvenir de nuestra patria; con quimeras lo que podemos es perderla.

CAPITULO V

Las formas nuevas de colonización.

Los procedimientos de colonización seguidos en los diversos períodos de la historia pueden reducirse á dos. Los romanos, al principio, no conocieron más que uno: conquistar un pueblo á mano armada, apoderarse de sus tesoros y vender como esclavos á los más vigorosos de sus habitantes. Los restantes repoblaban lentamente el país hasta que este último se enriquecía de nuevo y el pillaje podía volver á comenzar.

Roma terminó, sin embargo, por advertir que este método, á la vez costoso y simplicista, no era muy beneficioso para los vencedores, y en tiempos de los primeros emperadores descubrió otro que consistía en explotar las poblaciones conquistadas por la intervención de los gobernadores que las cargaban de impuestos, dejándoles, sin embargo, algo para vivir y asegurándoles en cambio la paz.

Este último procedimiento no ha sido modificado sensiblemente en el transcurso de los siglos. Bien aplicado da buenos resultados, pero entraña muchas complicaciones á consecuencia de la necesidad de defender los países conquistados contra las agresiones armadas de rivales celosos. Además, es necesario saber administrar con orden é inteligencia. Si la administración es mala, el pueblo colonizado

no da más que disgustos y es un semillero de conflictos. Nadie ignora que nuestras colonias no sólo no nos producen nada, sino que nos cuestan muy caras y son un peligro constante por las guerras con que en el porvenir nos amenazan.

Á los dos sistemas precedentemente enunciados los alemanes han añadido un tercero muy ingenioso. Consiste en no aprovecharse más que de los beneficios de un país, dejando para los extranjeros las cargas de su gobernación y defensa.

Después de haber dejado á otro país el trabajo de conquistar y defender un país, los alemanes se instalan en seguida y lo explotan. Para los conquistadores, los gastos de hombres y de administración y el poder nominal; para ellos, en un principio, los beneficios, y más tarde el poder real que confiere siempre la riqueza. Conservan para sí el fruto y dejan á los poseedores de la tierra que se disfruten la hojarasca.

La realización de este programa exige ciertas cualidades de carácter unidas á una superioridad industrial y comercial, que permitan eliminar á los rivales. Los alemanes, gracias á una notable educación técnica, han adquirido esta superioridad, y la lucha contra ellos ha llegado á ser hoy casi imposible, incluso para los propios ingleses, que han renunciado á ello. En todas partes en donde los primeros se han instalado, en pequeño número al principio, y después siempre en aumento, han acaparado toda la industria y el comercio, y han llegado muy pronto á ser los dueños. De este modo han conquistado en menos de veinte años un lugar preponderante en esa magnífica región mediterránea llamada Costa de Asur.

Su poder, que se acentúa rápidamente, se extien-

de en la actualidad en unos 200 kilómetros de costa.

Los alemanes han transformado la Cote d'Asur en colonia de emigración y de explotación. Acaparraron en un principio la industria de los hoteles, que están ahora casi enteramente en sus manos. El personal de aquéllos es exclusivamente alemán y la clientela, cada vez más, alemana. En 1906 hice en Menton un recuento del que resultaba que entre 1.000 viajeros diseminados en veintidós hoteles, eran alemanes 350 y 50 franceses. No encontré un solo hotel en la Cote d'Asur, salvo las posadas de infimo orden, que fuesen de franceses.

Esta dominación teutónica, tan sorprendente para los que comparan la Côte d'Asur actual á su estado anterior, es también resultado de una profunda causa económica que la habilidad de los dueños de los hoteles no bastaría á explicar.

Antes de la guerra, Alemania éra pobre y laboriosa, y ahora es laboriosa y no es pobre. Su desenvolvimiento industrial la ha conducido á la riqueza y á los gustos por el lujo que posee. Hoy son los franceses los que han empobrecido.

Por lo tanto, Alemania trabaja y se enriquece. Después de trabajar durante meses, los alemanes van á la Côte d'Asur en busca de reposo y distracciones, esperando también encontrar allí algunos negocios provechosos, tales como colocación de productos, especulaciones de terrenos, etc.

La industria de los hoteles, creada sobre todo por ellos, es tan lucrativa que el sueño de cada gerente de hotel es el de fundar á su vez uno. Cuando da muestras de capacidad, un banquero de Hamburgo ó de cualquier otro sitio le suministra fácilmente fondos. Los Bancos alemanes buscan las

colocaciones industriales, mientras que nuestras Sociedades de crédito francesas colocan sus fondos casi exclusivamente en valores del Estado ó de ferrocarriles que den dividendos (1) y primas, tanto más grandes cuanto los valores á colocar son más aleatorios. Un Estado cualquiera, Venezuela, Haití ú otro de la misma naturaleza, está siempre seguro de encontrar grandes casas francesas para lanzar sus empréstitos. Los banqueros alemanes no son menos patriotas que los nuestros y sí más listos y saben colocar mejor sus fondos, es decir, los de sus clientes. Se cita el caso de un gerente de un hotel de Monte Carlo que, habiendo economizado 60.000 francos, encontró un banquero que le adelantó 200.000 y compró un hotel que volvió á vender á los cinco años en un millón de francos.

Pude conseguir, hace algunos años, las cuentas de dos grandes hoteles de Menton, que los conocedores del país sabrán cuáles son al decirles que están situados sobre una altura á corta distancia el uno del otro. El primero obtuvo en la temporada 1904-1905 397.444 francos de beneficios, y el segundo 167.153 francos. No hay mina de oro que produzca tanto. ¡Qué beneficio nos harían los hombres de valer si nos enseñasen á aprovechar las riquezas de Francia, tan ingeniosamente explotadas por los extranjeros, en lugar de predicar la emigración á

(1) Las cifras de las primas concedidas por el Gobierno ruso á las cinco casas de banca de París que se han encargado de poner en circulación un empréstito de 1.200 millones han ascendido al 8 por 100, ó sea 96 millones. Indigna el pensar que estas cantidades enormes, que tanta falta nos harían para rehacer nuestro armamento industrial, tan inferior ahora, pasarán casi en su totalidad á manos de los alemanes, proveedores profesionales de Rusia para su armamento militar, industrial y naval.

lejanas regiones palúdicas, pobres y con plétora de población! Antes de pretender colonizar el Congo ó Madagascar, ¿por qué no pensar en aprovechar las riquezas que Francia posee y que conocen los que son capaces de verlas?

..

En el tren rápido que me condujo á París, tuve por compañero á un viejo profesor alemán de Filosofía. Un incidente de viaje nos hizo entrar en conversación y le sometí las impresiones que preceden y le invité á que me refiriese las suyas, prescindiendo de toda vana fórmula de cortesía. Para darle más confianza, comencé por compadecer caritativamente á los alemanes, por estar dirigidos por un César caprichoso y despótico.

El filósofo sonrió, me pidió permiso para encender su pipa y tranquilamente se expresó como sigue:

Dejemos á un lado los César. La historia nos enseña que han aparecido siempre cuando un pueblo se ha visto libre de divisiones intestinas. Esos César se llaman unas veces Sila y otras Napoleón. No lamentéis demasiado á los que viven bajo un régimen semicesarista, porque camináis á grandes pasos hacia los César de decadencia destinados á libertaros de la anarquía en que os veis cada día más sumidos. No tardaréis en estar en la era de los pronunciamientos y es preferible un César ilustre y aceptado, como el nuestro, que los César de ocasión que surgen entre vosotros, como ha ocurrido ya algunas veces.

No nos ocupemos, por tanto, si queréis, más que de los hechos económicos que os han llamado la atención en la Côte d'Asur y que son, lo reconozco, rigurosamente exactos.

Tengo bastante edad para poder haber seguido la evo-

lución alemana desde la guerra. Como habréis podido ver, las causas de su desenvolvimiento comercial é industrial son únicamente debidas al desarrollo de la educación técnica, unidas á ciertas condiciones de carácter. La inteligencia, burda por lo general, de mis compatriotas no sirve para nada. Les basta con poseer disciplina y método. Estas cualidades y una conveniente instrucción aseguran siempre, en la vida, el éxito. Ha desaparecido por completo el alemán idealista de antes; ahora no pierde su tiempo en disertar sobre filosofía. Funda fábricas, Bancos, puertos, empresas de todas clases y se enriquece rápidamente. Conoci una época en que vivía pobremente, considerando la carne como un artículo de lujo, no viajando más que en tercera clase y no frecuentando más que hoteles malos. Hoy, ese mismo alemán es rico y gasta con largueza. Como todos los ricos improvisados, es insolente y grosero. Vuestros empleados de los ferrocarriles del litoral se quejan de ello y con razón. Confieso que con frecuencia se conduce con ordinariéz y que ignora, en absoluto, todos los refinamientos de una civilización avanzada.

Estos son sus indiscutibles defectos, pero que no amenguan en nada sus méritos. El alemán está convencido que es en todas partes donde se instale el primero, gracias á la superioridad de su maquinaria, de su educación técnica y de su organización. Incluso en vuestra capital os hace una temible concurrencia, absorbiendo para sí vuestras grandes industrias: productos químicos, objetivos fotográficos, instrumentos de precisión, maquinaria eléctrica, etc. Y continuará del mismo modo. Comienza ya á instalar en vuestro mismo territorio fábricas para evitar las prohibiciones de vuestros derechos protectores, que bien pronto no tendrán nada que proteger.

Lo que habéis observado en la Côte d'Asur podréis observar igualmente en todas partes. Vamos á colonizar ahora Marruecos, como hemos colonizado el más bello litoral del Mediterráneo, que no tardará en ser todo nuestro. El asunto marroquí, que no han comprendido vues-

tros periódicos, es en realidad muy sencillo. En manera alguna necesitamos emprender la costosa é improductiva conquista de esa región, y con mucho gusto os hubiéramos dejado la gloria y los gastos de esa operación, si la administración despótica y nimia de vuestras colonias no las hiciese inhabitables incluso para los franceses. Era necesario sencillamente impediros gobernar Marruecos, es decir, cerrarlo á nuestro comercio, y lo hemos conseguido en absoluto, sin necesidad de una guerra que Alemania no tenía ningún interés en declararos. Nos bastó una amenaza. Nosotros pensaremos en la guerra el día en que vuestros pacifistas, internacionales, antimilitaristas y otras variedades de imbéciles hayan acabado de desterrar de vuestras almas la idea de la patria, que es nuestra fuerza. Entonces, no necesitaremos más que un débil esfuerzo para imponeros nuestra voluntad.

Mi país no quería por tanto la guerra. No ha llegado aún la hora de luchar contra Inglaterra, vuestra aliada, á la que no tememos ni comercial ni industrialmente, y ella en cambio nos teme á nosotros en estos dos aspectos. La guerra con ella será inevitable dentro de poco; pero la cuestión será de más importancia que Marruecos. Hamburgo resulta pequeño; nos hace falta un gran puerto comercial y militar y no lo hay en nuestra vecindad más que el de Amberes. Hemos multiplicado allí nuestras casas de comercio, nuestras empresas marítimas, nuestros bancos; pero esto no basta, porque en ese puerto tan cercano á Inglaterra el poder militar debe ir acompañado al comercial. Los belgas se dan perfecta cuenta de estas aspiraciones, que son las de todos los alemanes y que ciertos atlas de geografía han vulgarizado por todas partes. He leído el discurso que uno de sus hombres de Estado más eminentes, el senador Edmond Picard, pronunció á este propósito ante el Parlamento belga. Era un grito de alarma muy justificado, pero bien inútil. Los pueblos no se escapan á su destino. Los belgas lo han retardado quizá algo, fundiéndose con Holanda, pero no son lo bastante sutiles para comprender que no tardará en llegar el día

en que no tengan lugar en el mundo las pequeñas naciones.

Naturalmente que la única dificultad que se presentará será la de que los ingleses se opondrán á esa empresa. He aquí por qué la guerra con ellos es fatal. Os uniréis á ellos, sin duda; pero entonces, más débiles aún que hoy, vuestro único papel será probablemente el de pagar los gastos de una guerra necesariamente muy costosa.

De aquí á entonces, vuestras luchas religiosas y políticas acabarán de haceros inservibles. Habéis llegado á un grado de intolerancia, á una necesidad de persecución que terminarán por haceros odiosos á todos los pueblos suficientemente civilizados para practicar la libertad. Vuestros innumerables sindicatos, cuya tiranía es más opresora que fué nunca la de los más furiosos déspotas, no sindicán más que celos y odios. El odio y la envidia parecen los únicos sentimientos que han sobrevivido en el alma de los latinos. Os parecéis á esos insectos que existen en las balsas y que luchan vorazmente unos contra otros para quitarse el escaso alimento que hayan podido coger, mientras que á su alrededor pueden encontrar todo el que deseen. Estáis descendiendo rápidamente al último lugar de los pueblos, después de haber sido durante mucho tiempo los primeros. Estáis siendo una pequeña nación, plétórica de sí misma, exhausta por los impuestos, que no subsiste más que á fuerza de economía y de privaciones, y cada día más incapaz de ofrecerse el lujo de tener hijos.

Para no continuar descendiendo, sería preciso que renunciaseis á vuestros odios políticos y religiosos, hipótesis muy improbables, y cambiar enteramente vuestro sistema de educación, lo que habéis intentado inútilmente. Necesitaréis, además, un espíritu de solidaridad que no adquiriréis nunca. Sois un pueblo de artistas y de bellos oradores, y estas cualidades, de tanta valía antes, no tienen ninguna en el aspecto de la época actual, que es el de la sabiduría industrial y económica. El mundo moderno está gobernado por la técnica, y lo mismo se trate

de guerra ó de industria, la técnica, exige ante todo una previsión que sólo se obtiene por un trabajo metódico, continuo y una perseverancia que no poseéis. La imprecisión continuará siendo el gran defecto de los latinos. Fijaos, como decía hace un momento, en lo que ha ocurrido á vuestras industrias, antes florecientes, desde el momento en que nosotros nos hemos dedicado á ellas con nuestras maquinaria y método; en pocos años os habéis visto precisados á renunciar á la lucha. En lo que respecta á la industria marítima, habéis visto que casi ha desaparecido. Consultad la situación de la Bolsa y veréis el miserable estado de vuestras grandes Compañías de navegación, mientras que las nuestras, muy prósperas, reparten excelentes dividendos á sus accionistas.

Los argumentos humanitarios y pacifistas desempeñan hoy un papel importante en vuestros discursos, y son casi la principal fuerza de los socialistas. Pero ¿qué poderío pueden tener contra las necesidades económicas que rigen el mundo moderno? Exactamente el mismo que el que tenían los conjuros que los supersticiosos napolitanos formulaban al Vesubio para calmar sus furores. No se aplacan los volcanes con palabras. Únicamente las necesidades económicas son las que dominan hoy las fuerzas inconscientes que conducen á los pueblos. Alemania comienza á tener demasiados hijos, mientras que vosotros tenéis pocos. Fabrica con exceso productos á los que necesita, á cualquier precio, dar salida y esto le será imposible muy pronto. El mundo va siendo muy pequeño y la ciente del Oriente, conquistada para el Japón, desaparece para nosotros. Tenemos que volver, por tanto, los ojos á nuestros más próximos vecinos, industrialmente primero, militarmente después. Os iremos echando el excedente de nuestros productos y de nuestra población y esperaremos únicamente á que las divisiones y la anarquía os hayan debilitado lo bastante para impedir os la defensa, lo cual no tardará en suceder. Las leyes de la historia son invariables. El fin del más débil fué siempre el de desaparecer ante el más fuerte ó convertirse en su ser-

vidor, y el progreso nunca se ha realizado en otra forma. Después de dos mil años de pronunciada, aún subsiste la implacable sentencia de ¡ay de los vencidos!

Así habla la ruda Germania. Podían objetarse con muchos argumentos esas balandronadas; pero ¿para qué? Las condiciones individuales no se modifican con razones. Además, nos acercábamos á París y pensaba también que las palabras del filósofo contenían mucha parte de verdad. Me limité, pues, á un ligero movimiento de hombros, acompañado de una vaga sonrisa, expresando así la sensación de un viajero colocado frente á un abismo muy profundo y muy negro.

LIBRO VI

LA EVOLUCIÓN ANÁRQUICA Y LA LUCHA CONTRA LA DISGREGACIÓN SOCIAL

CAPITULO PRIMERO

La anarquía social.

El cónsul Marcius Censorinus no era pacifista ni humanitario, pero sabía utilizar la filosofía de sus adversarios.

Cuando este inteligente guerrero se presentó ante Cartago, la gran ciudad pasaba por ser la más rica capital del mundo antiguo. Las artes y el comercio florecían y los pacifistas lo mismo. Después de haber ensalzado á estos últimos los beneficios de la paz y maldecido los horrores de la guerra, Censorinus concluyó diciendo: «Dadme vuestras armas y Roma se encargará de protegeros». Los pacifistas—gentes siempre de escasa mentalidad—se apresuraron á obedecer. «Dadme ahora vuestros barcos de guerra; son unos estorbos de costoso entretenimiento é inútiles, puesto que Roma os defenderá contra vuestros enemigos». Los pacifistas obedecieron también. «Vuestra sumisión es plausible, continuó diciendo el cónsul. No me queda que pe-